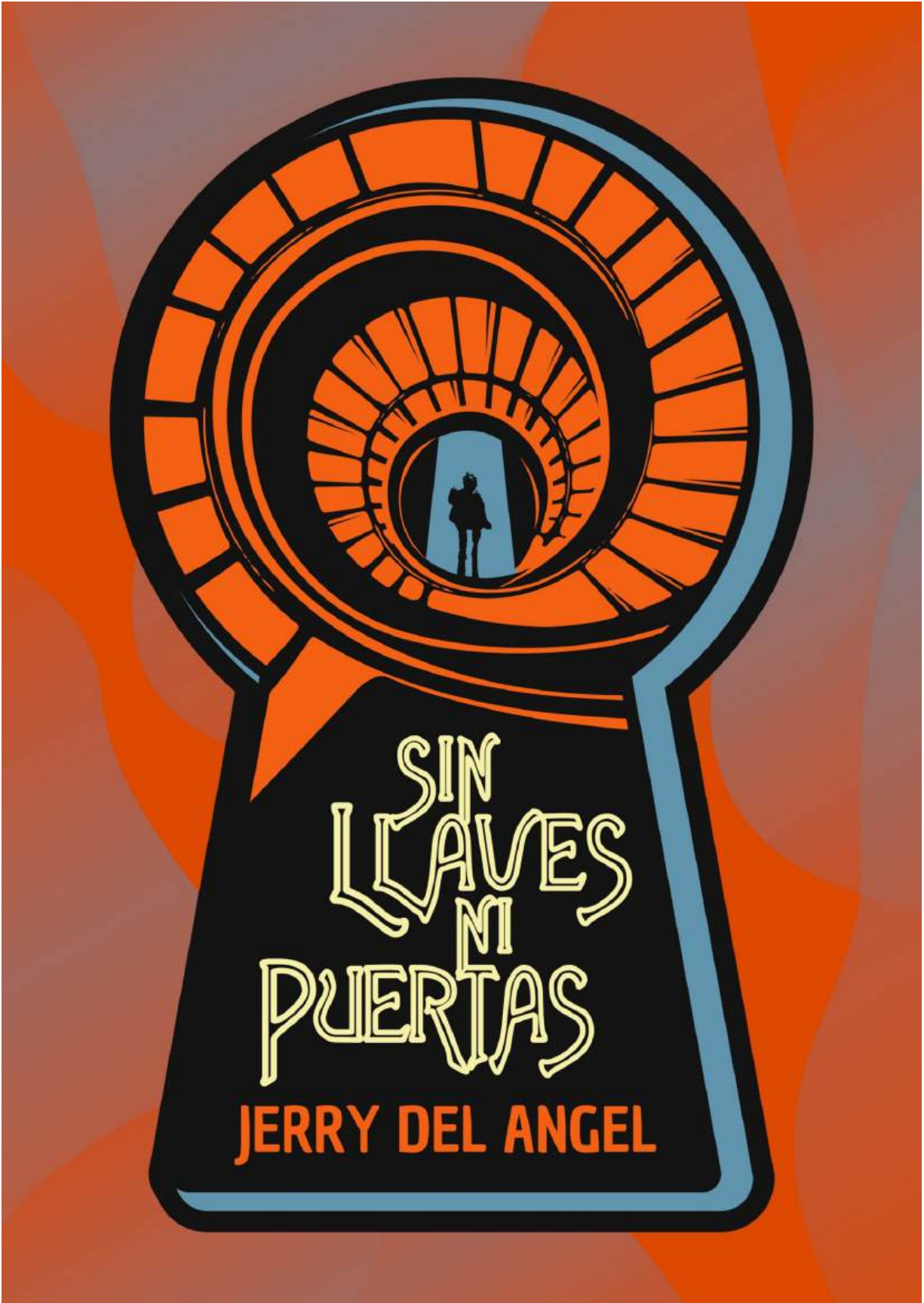




SIN LLAVES NI PUERTAS

LA GRANDEZA INTERIOR, COMO LA VIDA PLENA, ES
UNA DECISIÓN.

JERRY DEL ANGEL

[JERRY DEL ANGEL](#)

Copyright © 2024 by Jerry Del Angel

gerardodelangel.com

X - [@delangeljerry](https://twitter.com/delangeljerry)

Editora Fergie Del Angel

Portada Copyright © 2024 M. Gerardo Del Angel Z.

GDA Connect

gdconnect.com

En ninguna parte del proceso creativo y de escritura de esta obra, ni de su portada se ha empleado inteligencia artificial.

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidas la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. También se prohíbe el uso del contenido de esta obra o su portada para entrenamiento de inteligencia artificial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con empresas, compañías, eventos, instituciones o lugares es pura coincidencia.

Para el único digno de tomar el lugar de preeminencia en mi corazón, mi mentor y mi Padre. Toda la gloria, honra y alabanza sean para Tu Santo Nombre.



Para mi Princesa consorte, para mis dos Princesas y para mi Príncipe. No pude tener mejores compañeros de viaje ni ahora, ni mañana, ni nunca.



Para los cada vez menos Jacinto y Daniel de este mundo, subestimados y menospreciados. Les llevo en el corazón y les acompaño en la vigilia de la noche.

SIN
LLAVES
NI
PUERTAS

JERRY DEL ANGEL

ÍNDICE

1. Espejismo

Algunos desconocen su ceguera, otros deciden abandonarse por completo a ella.
(1 Pedro 5:8-9 RVR1960)

2. El poderoso se encuentra con el mentiroso

Bendecido, próspero el que se regodea en sus logros y confía en sus posesiones. A lo menos tiene algo valioso con que disfrazar las miserias de su alma.
(Apocalipsis 3:17-18 RVR1960)

3. Acciones de bajo riesgo, consecuencias de alto impacto

La ingenuidad es un doble pecado cuando voluntariamente se minimizan los alcances de la injusticia.
(Santiago 1:12-15 RVR1960)

4. La verdad no necesita argumentos cuando tiene evidencias

Me creía distinguidamente vestido y me descubrí completamente desnudo cuando de reojo me asomé al espejo de la verdad.
(Santiago 1:21-25 RVR1960)

5. ¿Tragedias o consecuencias?

Estaba profundamente convencido de mi inocencia hasta que me permití navegar profundo en el océano de mis decisiones.
(Proverbios 1:20-33 RVR1960)

6. Lo que no se puede calcular con números

Lo verdaderamente importante suele estimarse más insignificante porque así conviene a un sistema que no podría sobrevivir sin esta percepción.
(Proverbios 4:1-13 RVR1960)

7. La superficie no es fondo

Las verdaderas amenazas residen en el interior, las de afuera solamente son provocaciones para que las internas se conviertan en consecuencias.
(Gálatas 5:16-25 RVR1960)

8. La grandeza empieza con decisiones pequeñas

Tu fe puede parecer la semilla más insignificante, pero alimentada consistentemente con determinación y esfuerzo se convierte en el árbol más robusto de todos.
(Génesis 39:6-9 RVR1960)

9. Aquello que llena tu alma puede ser lo mismo que drene tu espíritu

No existe tal cosa como las decisiones inocuas, éstas siempre nos alcanzan para bien o para mal.
(Eclesiastés 11:1 RVR1960)

10. Hacer posible lo imposible

La fe nunca niega las circunstancias, pero sí sus alcances.

(Marcos 9:38-40 RVR1960)

11. La bestia también se disfraza de princesa

Maldito el que justifica y persigue el deseo extraviado de su alma cuando su espíritu le ha advertido del peligro.

(Génesis 3:4-5 RVR1960)

12. Confrontación y decisión

La verdad nunca se oculta, siempre llama en alto, esperando por algún extraviado que la reconozca por encima de la mentira, que la escuche en el silencio de los frutos que sólo el espíritu discrimina.

(Hebreos 12:11 RVR1960)

Postfacio

CAPÍTULO I

ESPEJISMO

ALGUNOS DESCONOCEN SU CEGUERA, OTROS
DECIDEN ABANDONARSE POR COMPLETO A ELLA.

(1 PEDRO 5:8-9 RVR1960)

El reloj sobre la mesa de noche marcaba las dos treinta y cinco de la madrugada cuando Rodrigo despertó sobresaltado. Sus ojos abiertos percibiendo destellos entremezclados con luces de colores, sus oídos recibiendo lo que podía interpretarse como el sonido de sirenas con una intensidad tan elevada, que sólo incrementó el estado de sopor y descontrol que ya lo invadía.

Al primer sobresalto se sumaron la ansiedad y la incertidumbre. Nunca había despertado alucinando ni se había sentido tan perdido y desconectado en medio de la noche. En segundo plano su mente se sobrecargaba intentando conectar los sucesos, no obstante, la razón parecía escaparse a la misma velocidad que intentaba conseguirla. En pocos segundos que le parecieron minutos, la claridad para determinar si estaba consciente o atrapado en el limbo de una amarga pesadilla era tan inasible como confusa, hasta que sintió en su espalda la cálida mano de Frida, su esposa.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien. Sólo fue una pesadilla —logró articular con timidez.

Ese contacto puso punto final al desconcierto, se sabía despierto, su lucidez de nuevo sobre tierra firme. Esa intromisión nocturna era la forma en que su alma reclamaba la falta de atención a un pendiente, o el efecto de oscuras intenciones que no podía discernir, pero cualquiera que fuese el caso, no estaba ni remotamente dispuesto a repetirlo. Esa noche, la última de muchas otras entre perturbaciones e incomodidades a lo largo de su vida, sin lugar a dudas marcaba el final de quedarse arrinconado, indefenso y frágil ante una experiencia así.

Sin importar cuánto tiempo requiriera el asunto, encontraría las respuestas que explicaran y contuvieran lo que a todas luces era un fenómeno fuera del orden natural. Sólo la suave insistencia de su esposa fue capaz de pausar la cascada de acelerados razonamientos que habían reemplazado el sobresalto y la ansiedad.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, mi vida. No te preocupes, sólo me desperté un poco inquieto.

Su esposa, después de más de dos décadas de matrimonio, conocía muy bien no sólo los gestos de su esposo, sino también los matices

de su voz, por ello insistió de nuevo.

—No estás bien, Rodrigo. Dime que te pasa —pidió con preocupación.

—Acabo de tener la experiencia más extraña de mi vida, fue como una alucinación, pero dejémoslo ahí y volvamos a dormir. Todavía es madrugada —respondió todavía inquieto.

Entre el deseo de continuar durmiendo y el argumento esgrimido por Rodrigo para zanzar el asunto, ella se dio por satisfecha regresando a su almohada, pero definitivamente él no.

Rodrigo no era el tipo de persona que dejaba pasar las cosas. En su opinión cualquier acontecimiento sucedía por algo y todas las cosas obedecían a una razón. Después de meditarlo con más detenimiento sabía imposible que semejantes noches fueran producto de la casualidad. Si quería recuperar su paz mental estaba obligado a descubrir sus orígenes. Reposó de nuevo su cabeza sobre la almohada sin intención de dormir, sino más como un acto para evitar inquietud en su esposa que para calmarse a sí mismo.

En su físico se encontraba disminuido, pero en su mente el Rodrigo acostumbrado a la certeza de la razón y el entendimiento tenía condiciones para dar batalla al tema. Con detenimiento dio repaso a lo

sucedido sin encontrar lógica al asunto, incertidumbre que le incomodaba todavía más que la experiencia misma, porque después de un período de insomnio injustificado, lo último que necesitaba era otro de alucinaciones nocturnas o experiencias paranormales.

En su opinión nada tenía concordancia ni sentido. Todo se antojaba cuando menos, como la oscura conspiración de alguien, o por más trastornado que pudiera parecer, de algo. Una asechanza más cercana de lo que su entendimiento estaba dispuesto a admitir.

Quizás era el lugar. Algo acerca de él, tal vez todavía más inmediato. Llenando cada centímetro, cada espacio, haciendo que las desafortunadas coincidencias se revelaran como lo que verdaderamente podían ser, indeseadas consecuencias.

Con esa creciente inquietud, sin proponérselo, fue recuperando el sueño hasta que invadido por una suerte de agotamiento y resignación, se desconectó de su alrededor y se abandonó al silencio de la noche.



Frida era una mujer práctica, no le gustaba complicarse la vida con distracciones innecesarias que en el lugar de sumar sólo consiguieran lo contrario. Acostumbrada a enfocarse en aquello que ofreciera resultados óptimos con la carga de esfuerzo correcto, indagaría más sobre lo sucedido a Rodrigo la noche anterior, pero sin presionar

demasiado el asunto para no cargar todavía más el de por si ya enra-recido clima familiar.

Ella misma había notado como en los últimos años de sus vidas las cosas se habían ido complicando, haciéndose más pesadas. No a causa de la situación financiera o el desarrollo personal de sus hijos adolescentes, era algo más, como si gruesos nubarrones se hubiesen ido acumulando con el paso del tiempo, sin brisa refrescante que los pudiese despejar.

En su fuero interno estaba cansada y cargada. Amaba a Rodrigo, pero la suma de los años evidenciaba un desgaste en la convivencia entre los cuatro integrantes de su círculo familiar. No sabía si tomarlo como un proceso natural de las relaciones o como una pérdida de interés entre todos que ya comenzaba a pasarles factura, y a lo cual habría que hacerle frente con resignación o confrontación, pero bien aventuraba que cualquier camino que eligiera, el resultado no serían las acostumbradas soluciones bien calculadas, ausentes de todo conflicto.

A pesar de su sentido práctico de las cosas y las circunstancias era evidente que la fórmula con la que había conseguido navegar exitosamente por los desafíos de un matrimonio joven y la paternidad desafiante de dos hijos muy seguidos ya se había desgastado sin lograr encontrar una nueva que le permitiera recuperar su sentido de paz mental y satisfacción emocional. Ni su reciente viaje por destinos exóticos que sólo en video o redes sociales puede visitar la inmensa

mayoría de los mortales, ni saberse segura de la fidelidad de su esposo alcanzaban a darle esas certezas que necesitaba. A pesar de tener una vida perfecta no podía ignorar el sentimiento de que algo minúsculo, pero a todas luces importante, estaba ausente de la ecuación.

Mientras se daba espacio para meditar en ello, Rodrigo entró a la amplia cocina, entorno de habituales, largas sobremesas donde los cuatro compartían más que alimentos, sus vidas mismas. Anécdotas de conocidos y ocurrencias ocasionales servían de pretexto para prolongar el tiempo de convivencia, algo de lo que se congratulaba y que en más de una ocasión le había sido motivo de alabanza por propios y extraños.

Mientras Rodrigo se servía su habitual e infaltable taza de café por la mañana, ella le mencionó su sobresalto de la noche, recordatorio que lo tomó con la guardia baja cuando daba el primer sorbo. Deliberadamente permaneció en silencio con la mirada fijada en la taza intentando calcular una respuesta que le evitase extensas explicaciones, al no encontrar nada elocuente con que responder, optó por sincerarse.

—Fue una cosa sumamente extraña, me desperté de sobresalto viendo luces y escuchando ruidos, nunca me había pasado algo semejante. Me pregunto si es cansancio, una enfermedad o peor aún, alguna cosa espiritual.

Ella lo miró con toda atención y se dio cuenta de que esa última referencia era algo que ella misma había comenzado a considerar desde hacía no mucho tiempo, algo espiritual, pero

¿cómo podía ser? Ellos no tenían relación con temas ocultistas, no había nadie en su familia cercana con esas prácticas, no tenían interés personal en ello, pero aún así, no podía dejar de correlacionar sus experiencias naturales con orígenes espirituales.



Santi era un adolescente que casi todos calificaban en el mejor de los casos, como frágil. El tipo de muchacho que si no se rompe ante la más insignificante presión, lo hace ante el menor problema. Algo que él percibía en el trato que recibía de la mayoría de las personas con las que en algún nivel u otro mantenía contacto.

Sin embargo, no eran las percepciones ajenas lo más hiriente, sino que Frida y Rodrigo parecían verlo a través del mismo filtro con que lo hacían todos lo demás, sin permitirle espacios para aventurarse en sus decisiones o emprendimientos.

De los extraños podía soportar la subestimación no sin cierta amargura, pero la poco velada condescendencia de sus progenitores le resultaba insufrible, por ello prefería refugiarse en su habitación, gastando la mayor parte del tiempo frente a una pantalla neutral, que no lo criticaba y tampoco era condescendiente, sino por el contrario, le gratificaba con imágenes sumamente cautivantes, complacientes en grados de absoluta satisfacción adictiva, haciendo del deleite gan-

chos engarzados profundo, más encajados en su interior con cada nueva sesión. Era una adicción a la que no podía escapar, a la que siempre regresaba sin importar cuánto se arrepintiera de haber consumido cada día un poco más.

Todos sus intentos por mantenerse alejado de ese hábito eran infructuosos. Se había prometido a sí mismo no volver nunca más a esas frenéticas búsquedas online por el placer. Los sentimientos encontrados que le generaban esas experiencias le robaban la paz que tanto ansiaba en su alma. Por un lado obtenía una satisfacción indescriptible y por el otro, una culpa sobrecogedora que le hundía en el reproche y la insatisfacción.

Más de una ocasión consideró buscar ayuda para de una vez por todas acabar con el tema, pero la calculada indecisión que le movía a dejarlo en el cajón de los pendientes y el temor al juicio lapidario de quien se enterara de su problema, le restaban espacio de maniobra, dejándole como única alternativa seguirse atormentando con el placer culposo y sufrir la resaca moral que le producía.

Ya había perdido la cuenta de cuántas veces se había prometido a sí mismo no regresar nunca más a esos intereses. Había pensado seriamente poner un filtro cifrado de navegación que bloqueara en automático cualquier búsqueda relacionada con ello, también había considerado deshacerse de su teléfono y sustituirlo por otro de prestaciones mínimas para no caer en la tentación, pero tanto lo uno como lo otro, siempre quedaba en intenciones, nunca en acciones. Sin com-

prender la profundidad de sus decisiones, había rendido su voluntad negociando con ese lado oscuro que le envenenaba lentamente mientras brindaba máxima complacencia en el proceso.

El sentimiento de culpa no era suficiente para exponer el tema a la luz, sino que además se tornaba cada vez más demandante y sombrío. Aquello que empezó como curiosidad inocente se estaba convirtiendo en un ejercicio para mirar contenidos cada vez más censurables que carcomían lentamente su alma entre sesiones. Comenzaba a entender que la única forma de librarse del asunto era volviéndose vulnerable, pero no en el sentido en que siempre lo había percibido de la gente, sino tomando la decisión de exponerse con alguien que lo pudiera ayudar a salir del laberinto en el que se había metido.

La puerta de entrada fue demasiado sugestiva, persuasiva y provocativa como para dejarla pasar de largo, pero una vez cruzada, algo removió el piso y cerró con llave por fuera. Alguien apagó la luz con toda intención de dejarlo extraviado en el interior, de no dejarlo salir nunca. Santi había llegado a entender que si existía alguna forma de conseguir la libertad, sus propias capacidades no eran suficientes para lograrlo. Necesitaba a alguien más y pronto, antes, mucho antes de que se resignara y aceptara que ese lugar era la nueva morada no de su cuerpo, sino de su alma.



Mariana, la hermana menor de Santi, era en muchos sentidos el opuesto de su hermano. Había nacido con una estrella refulgente, de

esas que sin importar cuánta iluminación genere la ciudad por la noche sobre el cielo, ella seguiría reclamando su lugar de honor en la bóveda celeste con todo esplendor y gracia.

Estaba acostumbrada a recibir atención y en muchas ocasiones a ser el foco de todas las miradas. Amaba genuinamente a su hermano, pero bien sabía para sus adentros que le robaba escena, y que en muchas ocasiones, hasta lo disfrutaba. No era la mayor, pero ese sentimiento de poder que le daba capturar el interés de los demás para ella en lugar de Santi, le resultaba en sumo satisfactorio y en ocasiones, hasta embriagador.

En su corta existencia nunca había tenido que preocuparse por aprobación, aprecio o reconocimiento, lo tenía garantizado en cualquier momento, sin embargo, con todo y lo que ello pudiera significar, cada vez se hacía más pesada y presente una sensación de insatisfacción que le restaba brillo a su rutina diaria. Una punzante necesidad cada vez más demandante de llenar esos espacios con algo más que le produjera lo que definía como «su centro», como su estado de perfección.

En su mente el origen de tal incomodidad era la caída de popularidad de los contenidos que con tanto esmero preparaba para sus redes sociales, por ello cada mañana como primer orden del día brincaba a su teléfono para revisar con ansia cuántas reacciones positivas, cuántos guiños de aprobación habían conseguido durante la noche.

No entendía cómo era posible que viviendo para ofrecer lo mejor de sí misma a sus seguidores, ellos comenzaran a poner su interés en otro lugar que no fuera ella. Circunstancia que motivó la búsqueda de tópicos nuevos para recuperar la atención robada, coyuntura que la condujo a los encantamientos y prácticas esotéricas. Fuente inagotable de respuestas para cualquier problema, con una creciente comunidad digital congregándose alrededor del tema.

No necesitó meditarlo mucho para sumergirse en ello como en mar abierto. Después de todo, si tanta gente buscaba y seguía estas prácticas, no podían ser tan malas, y después de leer tantos y tan buenos comentarios deberían ser un lugar seguro. Tanta gente de acuerdo sobre lo mismo no podía estar equivocada.

El catalizador de su decisión fueron las enormes recompensas recibidas gracias a sus pocos y tímidos intentos de novicia ocultista, fue entonces cuando pensó haber encontrado el cofre mágico que haría realidad sus sueños más alocados. Ya nada parecía inalcanzable, nadie se resistiría a sus deseos, absolutamente nadie, tal vez ni aún sus padres.



Mientras Rodrigo se encontraba en su amplia oficina amoblada con exquisito gusto, la decoración cuidada hasta el más mínimo detalle, con el mismo método que le gustaba tener y hacer las cosas, compla-

ciéndose viendo los muchos reconocimientos que daban cuenta de su trayectoria personal y profesional. Era lo que puede llamarse un hombre hecho a sí mismo, que sin ayuda de casi nadie logró hacerse de un nombre y construir una gran firma que era la joya de la corona en su medio.

Muy poca gente hubiese tenido la determinación y el empeño para convertir una serie de relaciones afortunadas en un gran negocio de cabildeo con el nivel de éxito que Rodrigo había conseguido. Después de años de arduo trabajo ahora tenía acceso directo a posiciones de influencia real dentro de gobiernos y sistemas para hacer que se materializaran las cosas que los poderosos buscaban.

En más de una ocasión tuvo que hacer frente con habilidad y talento a la envidia y encono que generaba su capacidad entre gobernantes que con todo y título no conseguían los acuerdos ni los avances que a él le eran posibles con sólo una conversación telefónica.

Rodrigo no sólo era disciplinado, sino también muy paciente. Virtudes que le hacían saber cómo calcular los pequeños detalles donde coincidían los puntos de consenso que beneficiaban a todas las partes para dar vida al aforismo enmarcado en el cuadro central de su oficina «El mejor trato es el más justo».

Su vida misma se había cimentado sobre esa premisa, fue a través de este credo que articuló desde muy joven cada uno de sus pasos.

El abandono de su padre había dejado una profunda marca en él y sólo dos caminos, recorrer el mismo que había recibido o escoger uno nuevo sin más guía ni compañía que su propio sentido de integridad y justicia.

Había optado por la segunda opción, y como cualquier mortal, tuvo no pocos atropellos, pero al contemplar las menciones y fotografías adornando las paredes de su oficina, conjeturaba que algo había hecho bien desde siempre y esos muros daban testimonio de ello.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el llamado a la puerta de Tania, su asistente.

—Tu cita de las diez ya está aquí.

—Hazlo pasar —respondió. Con amabilidad ella introdujo a un hombre impecablemente vestido que denotaba poder y autosuficiencia.

—¿Cómo estás, Rodrigo?

—Bien, Carlos, gracias por preguntar. ¿Y tú? ¿Qué nuevas tienes? ¿Cómo está la familia?

El hombre respondió con cortesía calculada. —Bien. Ya sabes, los hijos creciendo y nosotros envejeciendo.

—Pues no sé de donde porque te ves tan entero como el primer día que nos conocimos —respondió Rodrigo con una sonrisa—, pero entiendo de lo que hablas, yo estoy en una posición similar. Pero bueno, en tu llamada comentaste la urgencia de vernos para tratar el tema. ¿En qué puedo servirte?

Carlos repasó mentalmente esa frase: *¿En qué puedo servirte?* Y para sus adentros dijo: *De mucho, si haces lo que quiero.*

—Mira, Rodrigo, tú sabes que llevamos algún tiempo planeando la expansión de la compañía y que estamos detenidos para hacerlo sin los derechos plenos sobre las tierras que circundan la planta.

»Esos terrenos poseen fuentes de agua indispensables para nuestra operación y sin ellas, pues simplemente no podremos lograr nuestras metas productivas. Estamos en pleno crecimiento, ya tenemos presencia en los cinco continentes, así que como bien comprenderás, el progreso no puede ni debe detenerse, y es precisamente ahí donde necesitamos tu apoyo.

Rodrigo meditó un momento su respuesta.

—Entiendo, Carlos. Como te prometí, revisé bien el tema y encontramos que esos terrenos son el asentamiento de unas cuarenta familias que además de ser las legítimas propietarias, se dedican al cultivo sustentable de plantas de ornato en invernadero desde hace décadas, y por tanto no pueden expropiarse apelando al beneficio público.

—Entiendo lo que comentas, nosotros ya sabemos todo eso —interrumpió Carlos sin ocultar su incomodidad con los argumentos de Rodrigo—, pero ¿qué representan un puñado de familias contra todo el beneficio que podemos generar para cientos de familias?

»Los nuevos puestos de trabajo que crearemos pondrán comida en la mesa y bienestar no de cuarenta, sino de cientos de familias Rodrigo, eso es lo que debemos de ver y de conseguir. Además esa gente ha estado en ese lugar por mucho tiempo y no mejoran nada, no crecen, no producen más.

»El progreso no debe obstaculizarse ni detenerse, yo no estoy hablando de echarlos a la calle sin nada, estoy dispuesto a pagarles lo justo por sus tierras. De hecho, aquí traigo un avalúo realizado por un corredor especialista en el tema donde podrás ver que no me rehusó a pagar lo correcto.

Sin dejar de hablar, Carlos le extendió un dossier con la información que mencionó. Rodrigo lo recibió y comenzó a hojearlo con de-

tenimiento mientras Carlos continuaba su animado discurso.

—Creo que tu corredor ha buscado ser muy meticuloso para detallar los números.

—¿Ves? —interrumpió Carlos de nuevo—. No se trata de despojarlos, sino de comprarles para un beneficio mayor.

—Entiendo, pero cuando hablaba de detallar, me refería a hacerlo en beneficio de tu empresa, no de esas familias. Estos números están por lo menos un cincuenta por ciento por debajo del valor real de mercado de esas tierras y eso no se me hace precisamente correcto.

»Eso sin considerar que existen otros terrenos igual o un poco más grandes que estos, con suministro permanente de agua como lo necesitas, a unos pocos kilómetros más de tu fábrica y por si fuera poco, esos sí están disponibles para que los adquieras.

»Puedo ponerte en contacto directo con el agente de bienes raíces que los tiene para venta, sin mediación mía, como una cortesía de amigos para que no pagues comisiones adicionales de representación. ¿Qué opinas?

Para ese momento la irritación de Carlos se hizo presente en el cambio de su tono.

—Mira, Rodrigo, eso también ya lo sé —espetó áspero—. No creas que no sabemos hacer la tarea. No por nada hemos crecido y seguimos expandiéndonos como lo estamos haciendo, somos líderes de nuestra industria y pensamos mantenernos por mucho más tiempo así.

»Esos terrenos de los que hablas, para empezar están a precio real de mercado y eso es mucho, escúchame bien, mucho dinero que no estoy dispuesto a desembolsar, en segundo lugar, adquirirlos y extendernos en ellos representa por lo menos un incremento de tres puntos en nuestros costos de producción, lo cual es absolutamente inaceptable. Estamos en esto para ganar dinero, no para perderlo, tú deberías saberlo mejor que nadie. Te dedicas al cabildeo, ¿no?

»Desde donde yo lo veo, esto es simple y llanamente un tema de pesos y centavos, propongo que dejemos de lado los detalles que no interesan a este asunto y le pongas un precio razonable a tu colaboración.

»Si estoy sentado aquí en tu oficina, en lugar de que tú estés sentado en la mía, es porque sé que con una llamada me destrabas este asunto, todos salimos beneficiados y nos seguimos dedicando a lo que nos gusta. ¿Qué dices?

Rodrigo se quedó callado un momento, considerando lo expuesto por Carlos. En su interior sentía dos fuerzas opuestas aproximándose a toda velocidad para chocar sin que hubiera poder humano para detenerlas. Por un lado estaba el hábil hombre de negocios que cabildeaba para lograr reformas públicas en favor de algunas de las firmas más poderosas, y por el otro, el hombre de principios que creía en hacer las cosas de forma correcta, y aunque si bien a veces para obtener lo que quería escogía el claroscuro donde el borde moral se diluía con el práctico, nunca había enfrentado una conspiración real, evidente, para cometer despojo

—Mira, Carlos, te respeto y agradezco tu visita, pero contrario a lo que puedas pensar de mí, en este caso particular no puedo ayudarte. Me dedico al cabildeo, es cierto, pero soy de esos intermediarios, quizás el único, que tiene límites que nunca traspasa. Este asunto tiene muchas áreas demasiado grises que no me terminan de convencer y en las que prefiero no involucrar mi firma. Con gusto te he ayudado en otros temas, pero en este debo declinar tu oferta esperando me comprendas.

Recomponiéndose para no romper sus posibilidades, Carlos se levantó del sillón donde se había instalado a su llegada y le extendió la mano.

—Te entiendo y me da gusto que pienses así. Ya hemos hablado mucho del asunto, pero no quiero aceptar tu respuesta sin antes darte tiempo para que lo medites mejor y veas que no tiene nada de malo.

»Piensa en el progreso cuando revises el tema. El beneficio más alto justifica los medios para conseguirlo. Dale una buena pensada y me hablas, después de todo estamos hablando de una simple compra de tierras, no de matar a alguien. Eres un hombre práctico Rodrigo, por favor no busques males donde sólo hay bienes.

Le tomó el brazo en un acto fraterno esbozando una sonrisa digna de recuerdo.

—Espero tu llamada con un sí —añadió al salir de la oficina.

La frustración de Carlos se convirtió en ira en el camino a los elevadores para abandonar el edificio donde se ubicaban las oficinas de Rodrigo. Tomando su teléfono buscó en su agenda el número de un amigo de su círculo cercano y pulsó para llamarlo.

El auricular sonó con el llamado al otro teléfono, una voz con tono familiar contestó.

—¡Hola, Carlos! ¿Desde qué destino exótico me llamas ahora?

—Desde ninguno —contestó Carlos enmascarando sus emociones con la cortesía de siempre—, por el momento no ando de viaje, ni de placer ni de negocios. Estoy aquí en el país, de hecho, los negocios son el motivo de mi llamada. Ando con una piedra en el zapato que se está convirtiendo en una roca del tamaño del mundo que me molesta cada vez más.

—¿Cómo? ¿Tú con un problema así? No te creo —respondió la voz del otro lado del auricular con cierta sorpresa.

—Pues créeme, precisamente por eso te llamo. No me gusta estar en esta posición y sin lugar a dudas voy a encontrar la manera de salir de ella —respondió Carlos—. ¿Recuerdas que en alguna de nuestras reuniones uno de ustedes comentó como alguien del grupo se metió a las artes oscuras y no sólo libró su empresa de la quiebra, sino también ayudó otros de nuestro círculo a mejorar las suyas?

—Sí, lo recuerdo. Si la memoria no me falla estás hablando de Harold. Estaba endeudado hasta el cuello, ya ni los bancos le prestaban dinero. Su empresa iba a declararse en suspensión de pagos y de momento, sin que nadie supiera cómo sucedió, comenzó a pagar sus deudas, encontró clientes nuevos y resolvió sus problemas.

»Unos meses después el caso era la comidilla del momento y cuando, como era de esperarse, empezaron las preguntas, él se comportó muy evasivo sin querer entrar en detalles. Luego supe que otros del grupo con problemas financieros se acercaron a él en busca de consejo. Poco después me enteraron que sí los ayudó, pero no como imaginaban, tuvieron que ir donde él y hacer una especie de ritos o ceremonias que por loco que parezca, les dieron los resultados que esperaban.

»Pero me extraña tu interés en el tema, Carlos, tú nunca has sido religioso ni practicante de alguna creencia, ¿de dónde el repentino interés?

Carlos sintió renacer su esperanza con lo escuchado y respondió de manera muy directa.

—Bien sabes que no me avergüenzo de ser ateo, siempre he sido franco con ustedes sobre mis convicciones y es verdad que no soy practicante de ninguna religión.

»Si hay algo en lo que creo, es en el dinero, ese es mi dios y mi religión, pero también me precio de ser un hombre práctico y en este momento necesito encontrar la solución a mi problema donde quiera que se encuentre. Si Harold puede ayudarme, entonces bienvenida sea su ayuda. Como siempre digo, el dinero tiene cara de hereje y no puedo dejar que este problema crezca.

»Pero antes de eso, mucho me ayudaría que me dieras los nombres de los amigos que recurrieron a Harold para saber cómo les fue con él, no sea que sin darme cuenta me meta en camisa de once varas y la cosa se ponga peor.

Conforme la voz nombró los amigos que pidió, Carlos los escribió con premura en la agenda que siempre llevaba consigo para tomar notas rápidas.

Horas después, cuando Carlos entró en el estudio biblioteca de su casa, se acercó al bar y destapó una botella de licor añejado en barricas de roble blanco, de edición limitada de quince años, con un valor de varios miles de dólares. Se sirvió una generosa dosis en un vaso para acompañar sus pensamientos, acto seguido se dirigió a su sillón favorito y se sentó de forma mecánica mientras hacía eco de los comentarios recibidos de los amigos que pidieron la ayuda de Harold.

Uno por uno se habían deshecho en reconocimiento, alabanza y agradecimiento para con Harold por su inapreciable auxilio en momentos muy difíciles de sus vidas. Uno lo describió como muy poderoso y articulado en esferas espirituales a las que sólo unos pocos elegidos pueden acceder, otro hizo referencia a cómo su ayuda significó un antes y un después en sus finanzas, no faltó el que le confirió un aura mística pero también pesada que inspiraba más temor que

respeto, y aún a pesar de eso no dudó en seguir todas las instrucciones de este maestro ascendido hasta el más mínimo detalle.

Si bien ninguno pudo describir con certeza las implicaciones personales de los favores recibidos, a todos les pareció en sumo sencillo lo que hicieron a cambio de un beneficio desmesurado por hacerlo.

Mientras sorbía con placer su bebida, Carlos comenzaba a sentir haber encontrado la solución a su problema. Después de todo, con tan buenas referencias de gente de su confianza, era imposible errar el tiro para obtener los resultados que hacía tanto tiempo buscaba sin éxito. Siempre se decía que al final del camino, si una puerta se cierra, habrá otra que se abra. Si Rodrigo insistía en su negativa de ayudarlo, seguro Harold lograría lo que buscaba, y como todo indicaba, a un precio bastante inferior.

El negocio redondo que no esperaba, pero que siempre le gustaba conseguir, estaba más cerca de su puerta de lo que hubiera imaginado. Con esa sensación de satisfacción apuró su bebida y se preparó para llamar a Harold.



Ese domingo por la mañana el sol resplandecía con todo su apogeo. Frida se sintió reconfortada en la compañía de su familia mientras Rodrigo conducía su lujoso automóvil hacia la congregación donde habían elegido hacer comunidad años atrás.

El lugar se asentaba en medio de una espléndida construcción de usos múltiples donde los acabados evidenciaban sin reparos el nivel social de la gente que recibía. En el resto de la edificación se había cuidado cada detalle para ofrecer confort a sus visitantes.

El estacionamiento estaba equipado con la última tecnología para facilitar el flujo vehicular con la seguridad requerida para la movilidad de personas con necesidades especiales y niños. Nada se había dejado a la suerte, cada uno de los edecanes desempeñaba su función con una amplia sonrisa, un cordial «buenos días» y un cálido «bendiciones» que hacía sentir como miembro especial, amado de la familia espiritual, a cada congregante o visitante que ahí se daba cita.

A la entrada del auditorio principal donde se daban los mensajes dominicales recibieron otro amable saludo cuando les fue entregada una guía con el contenido del mensaje, una hoja cuidadosamente diseñada con los anuncios de la semana y un sobre con una elegante impresión para las ofrendas y diezmos.

Esos eran los momentos que más satisfacían el alma de Frida. Ahí se sentía segura como en ningún otro momento o lugar, rodeada de gente que compartía sus creencias e intereses, pero sobre todo, en la cálida compañía de su esposo e hijos.

El día era perfecto y su familia no podía ser mejor. Con toda certeza esa era su definición de estar bendecida, tenía mucho que agradecer

viendo todo lo que la rodeaba. El cielo no sólo la veía con buenos ojos, sino a que además la cuidaba con especial interés.

Sin la menor sombra de duda, ellos eran una verdadera familia cristiana que se había rendido a los pies de Cristo para recibir no sólo su salvación, sino para aceptar y seguir sus enseñanzas. Les tomó su tiempo, pero llegaron a la Cruz y esa decisión los había recompensado con más bendiciones de las que era capaz de enumerar en ese momento. Conmovida por el pensamiento, sólo pudo hacer una oración en voz baja.

—Gracias, Señor, por amarnos tanto. Aquí estamos para recibir el mensaje que has preparado para nosotros hoy. Muchas gracias por todo lo bueno que eres con mi familia.

Uno de los líderes principales del grupo subió al estrado para dar la bienvenida a los presentes poniendo énfasis en el privilegio que les significaba la visita de los recién llegados, también tomó un momento para explicar los anuncios de la semana, así como la importancia de la convivencia fraterna entre los miembros de la comunidad con el propósito de estrechar vínculos de apoyo entre los congregantes, algo que Frida siempre había agradecido.

Llegado el turno de mención de las reuniones en células de hogar el presentador tomó todo el tiempo necesario para explicar la dinámica y los horarios. No escatimó en ánimo para motivar a los congregan-

tes a buscar la que les resultara más cercana y conveniente, a fin de que nada les impidiera sumarse a esa actividad espiritual que no sólo era una extensión de la congregación misma, sino que también estaba llena de bendiciones y sana camaradería.

Al escuchar los horarios de reunión Frida se llenó de alegría. Por fin sus oídos escuchaban el sonido de la majestuosa bola metálica que derribaría la muralla de obstáculos que siempre había defendido su marido para no ir a ninguna célula de hogar. Adiós al gastado argumento de que no podía participar porque la celebraban en un horario incompatible con su trabajo. No más excusas, no más reparos, nada la detendría de ser la primera en anotarse al próximo estudio en casas en cuanto terminara la reunión.

Melódicos y alegres acordes anunciaron el inicio de la alabanza, algunos retrasados apuraron el paso para encontrar lugar mientras los ya presentes dejaban la comodidad de sus asientos para ponerse de pie. Al unísono comenzaron los aplausos al ritmo de la movida música, entonando la letra que proyectaban las enormes pantallas dispuestas a los costados del estrado.

No faltaron los que sacando su teléfono comenzaron a tomarse selfies posando con estudiadas y fingidas poses para salir bien favorecidos en cada post que mostrara a seguidores y amigos la importancia de dedicarle tiempo a la espiritualidad, o en realidad, como Frida lo consideraba, para demostrar la ligereza y frivolidad con que tomaban un momento que merecía respeto y solemnidad.

En alguna ocasión sus hijos se llevaron una buena reprimenda suya y de su padre al intentar imitar el comportamiento de sus pares, por ello Santi y Mariana se cuidaban mucho de no distraerse mientras compartían con sus padres la vida en congregación que les inculcaron. A veces lo hacían de buen ánimo, otras más sin interés genuino alguno, movidos más por el hábito que por el deseo real de conocer a ese Dios del que les hablaban.

Al finalizar la reunión, tal como se lo había propuesto, Frida dejó su asiento para ir directo al módulo de informes para encontrar los detalles de la casa más próxima a su hogar. Era su momento y nada ni nadie se lo arrebataría, aunque fuera a rastras, Rodrigo estaba destinado a ir con ella.

Buscaba en el directorio cuando recibió un saludo afectuoso.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudar?

Se trataba de una joven de unos treinta años que con mucha amabilidad se disponía a resolver sus dudas. Frida le devolvió el saludo antes de preguntarle por una casa cercana. De memoria la chica le respondió que tenía dos opciones confirmando el horario de cada reunión.

Después de una rápida deducción mental, Frida se decantó por la casa de los Buendía, no los conocía de primera mano pero sí de oídas, la esposa era muy activa en las convocatorias de la congregación. Además, ir representaba una oportunidad para conocer gente nueva que ampliara su círculo de conocidos y muy probablemente de amistades afines a sus creencias, porque aunque Rodrigo tenía un directorio lleno de amigos, ninguno de ellos era cristiano, y hasta donde sabía, ni siquiera tenían interés en temas religiosos.

Se maravillaba pensando en todo lo bueno que les esperaba cuando sintió la presencia de Rodrigo detrás suyo.

—¿Qué haces, mi vida? —inquirió—. Me dejaste sólo allá atrás, cuando te busqué, ni rastro tuyo.

—Es que te tengo la mejor buena nueva del año —anunció emocionada.

Rodrigo conocía bien el tono particular de su esposa cuando las buenas nuevas de ella significaban malas nuevas para él.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Por fin se te acabaron los pretextos —respondió Frida muy satisfecha—. El próximo viernes nos integramos a una reunión de hogar.

—¿Cómo? ¿Y el trabajo? Sabes que no puedo descuidarlo, eso no es profesional.

La sonrisa de Frida creció.

—Nada de eso, porque el horario ya no es problema, las nuevas reuniones no se cruzan con el tuyo. Ya no hay pero que valga. ¿No te parece maravilloso?

Rodrigo respondió con una mirada de resignación, aceptando que su esposa por fin se saldría con la suya y que su fortaleza había sido asaltada como si de la línea Maginot se tratase. Mientras él se había cuidado mucho y esforzado más por vigilar el frente, el sigilo de Frida la había penetrado por detrás, sin previo aviso ni advertencia.

—Está bien, corazón, ahí estaremos.

